LAS NACIONES UNIDAS Y EL DESARME

ALFONSO GARCÍA ROBLES *

SI SE COMPARAN el Pacto de la Sociedad de las Naciones y la Carta de las Naciones Unidas —instrumentos constituyentes de las dos únicas organizaciones internacionales generales que hasta hoy hayan llegado a entrar en funciones— es evidente la diferencia de énfasis con que se encuentra en ellos tratada la cuestión del desarme.

En el Pacto de 1919, uno de sus artículos más extensos, el octavo, está totalmente consagrado a definir los principios en que debe inspirarse el desarme, los propósitos que éste persigue y los procedimientos que convendría aplicar para realizarlo. El artículo citado comienza declarando enérgicamente:

...los miembros de la Sociedad reconocen que el mantenimiento de la paz exige la reducción de los armamentos nacionales al mínimo compatible con la seguridad nacional y con la ejecución de las obligaciones internacionales impuestas por una acción común.

Por el mismo artículo, el Consejo de la Sociedad de las Naciones queda encargado de preparar los planes de esa reducción, los cuales, una vez aceptados por los gobiernos, serán obligatorios ya que “no se podrá pasar del límite de los armamentos así fijado, sin el consentimiento del Consejo”, aun cuando se halla igualmente previsto que los planes “deberán ser objeto de nuevo examen y revisión cada diez años, por lo menos”.

Además de las anteriores, el artículo contiene también disposiciones relativas a otros dos aspectos de la cuestión que, si bien pueden ser calificados de accesorios, no dejan de revestir particular importancia:

En el párrafo 5, después de considerar que “la fabricación privada de las municiones y del material de guerra presenta graves inconvenientes”, se encarga al Consejo que “adopte las medidas necesarias para evitar las lamentables consecuencias de dicha fabricación”.

En virtud del párrafo sexto y último, los miembros de la Sociedad

...se comprometen a cambiar entre sí, de la manera más franca y

* Subsecretario de Relaciones Exteriores de México, desempeñó el cargo de Director de la División de Asuntos Políticos de la Secretaría General de las Naciones Unidas de 1946 a 1957. A partir de entonces ha actuado como representante de México en la Primera Comisión de la Asamblea General y ha participado en todos los trabajos de la Conferencia del Desarme. Es autor de numerosos libros y cerca de trescientos artículos sobre asuntos internacionales en español, francés e inglés.

más completa, toda clase de datos relativos a la escala de sus armamentos, a sus programas militares, navales y aéreos, y a la condición de aquellas de sus industrias susceptibles de ser utilizadas para la guerra.

Frente a ese conjunto de estipulaciones, a la vez precisas y ambiciosas, las disposiciones incluidas sobre la materia en la Carta de las Naciones Unidas dan una clara impresión de timidez e insuficiencia. Apenas si en dos artículos, relativos respectivamente a las funciones y poderes de la Asamblea General y del Consejo de Seguridad, se trata muy por encima y en los términos más generales esta cuestión:

El artículo 11, que da a la Asamblea la facultad de considerar los principios generales de la cooperación en el mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales y de hacer recomendaciones respecto de tales principios “a los miembros o al Consejo de Seguridad o a éste y a aquéllos”, agrega incidentalmente que entre dichos principios se encuentran incluidos los que “rigen el desarme y la regulación de los armamentos”.

El artículo 26, por su parte, prevé que “a fin de promover el establecimiento y mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales con la menor desviación posible de los recursos humanos y económicos del mundo hacia los armamentos”, el Consejo de Seguridad deberá encargarse, con la ayuda del Comité de Estado Mayor a que se refiere el artículo 47, de “la elaboración de planes que se someterán a los miembros de las Naciones Unidas para el establecimiento de un sistema de regulación de los armamentos”.

El balance de la anterior comparación resulta obviamente favorable al Pacto de la Sociedad de las Naciones. Ello no obstante, las realizaciones de las Naciones Unidas en el campo del desarme, por deficientes que hasta ahora hayan sido, resultan superiores a las muy pobres que logró la Sociedad de las Naciones, ya que como fruto de sus esfuerzos durante los veinte años que tuvo de existencia, apenas si puede mencionarse algo más que el “Protocolo relativo a la prohibición del empleo en la guerra de gases asfixiantes, tóxicos o similares, y de medios bacteriológicos”,¹ aun cuando desde luego, sea éste un instrumento cuya perdurable importancia merece recalcar.

En cambio, durante el cuarto de siglo transcurrido desde la Conferencia de San Francisco, han cobrado ya vigencia cinco tratados sobre medidas de desarme (en cuatro de los cuales han tenido participación decisiva o de bastante importancia las Naciones Unidas); hay uno más —el relativo a los fondos marinos y oceánicos— cuya negociación se encuentra muy adelantada, y otros dos —los que se ocupan de las armas

¹ El Protocolo fue elaborado en una conferencia convocada al efecto por el Consejo de la Sociedad de las Naciones y firmado el 17 de junio de 1925. Actualmente son partes en él 66 Estados, entre ellos México, cuya adhesión data del 15 de marzo de 1932. La traducción española del texto original francés del Protocolo figura en el Apéndice del libro del autor, *México en las Naciones Unidas*, que se publicará a fines de 1970.

químicas y microbiológicas, y de la cesación de las explosiones subterráneas con armas nucleares, respectivamente— que se hallan en una etapa intermedia. Aparte de esos instrumentos, es necesario mencionar también las numerosísimas resoluciones sobre desarme adoptadas por la Asamblea General, muchas de las cuales conservan toda o buena parte de su validez, significación y pertinencia;² así como tres informes particularmente valiosos que, en cumplimiento de sendas resoluciones de la Asamblea, ha preparado el Secretario General con la colaboración de expertos asesores calificados sobre las consecuencias económicas y sociales del desarme, los efectos de la posible utilización de las armas nucleares y los efectos análogos de las armas químicas y microbiológicas.³

El presente artículo está destinado a ofrecer una reseña panorámica de los aspectos más salientes de la obra realizada por las Naciones Unidas en lo tocante al desarme. Se trata obviamente de una exposición selectiva y no exhaustiva, ajustada a las exigencias de un artículo de la índole del presente.

Conviene, antes de pasar adelante, precisar que el término desarme se usa aquí —como, por lo demás, es también generalmente el caso en las Naciones Unidas— para designar indistintamente la prevención o prohibición de fabricar, adquirir, instalar, ensayar o usar armas nucleares o convencionales; la limitación de los armamentos, su reducción, o finalmente su eliminación.

Parece asimismo útil adelantar desde ahora que, desafortunadamente, las modestas medidas de desarme sobre las que hasta la fecha ha sido posible llegar a un acuerdo en las Naciones Unidas caen todas apenas dentro de la primera y más elemental de esas cuatro categorías.

Lo que acaba de decirse permitirá tener una perspectiva apropiada

² Ejemplo de una de las más trascendentales y recientes resoluciones a las que aquí se hace referencia es la 2603 A (XXIV) aprobada el 16 de diciembre de 1969 y en cuya parte dispositiva la Asamblea General:

Declara contrario a las normas de derecho internacional generalmente reconocidas e incorporadas en el Protocolo relativo a la prohibición del empleo en la guerra de gases asfixiantes, tóxicos o similares y de medios bacteriológicos, firmado en Ginebra el 17 de junio de 1925, el empleo, en conflictos armados internacionales, de:

a) Todo elemento químico de guerra —sustancias químicas, sean gaseosas, líquidas o sólidas— que pueda utilizarse por sus efectos tóxicos directos en el hombre, los animales o las plantas;

b) Todo elemento biológico de guerra —organismos vivos de cualquier naturaleza o material infeccioso derivado de ellos— que tenga por objeto causar enfermedades o muerte del hombre, los animales o las plantas, y que para sus efectos dependa de sus posibilidades de multiplicación en la persona, animal o planta atacados.

³ Estos informes, reproducidos en los documentos E/3593, A/6858 y A/7575/Rev.1, fueron dados a la publicidad, respectivamente, en 1962, 1967 y 1969. Entre los doce expertos asesores que ayudaron a la elaboración del segundo informe figuró el Dr. Alfonso León de Garay, Director del Programa de Genética y Radiobiología de la Comisión Nacional de Energía Nuclear de México, y entre los catorce expertos que contribuyeron a la preparación del tercero estuvo incluido el Dr. Guillermo Soberón, Director del Instituto de Investigaciones Biomédicas de la Universidad Nacional Autónoma de México.

del contenido de este estudio en el que se procurará examinar sucesivamente las siguientes cuestiones: principales órganos de las Naciones Unidas que se ocupan o se han ocupado del desarme; principales etapas en la evolución de las actividades de las Naciones Unidas relativas al desarme; tratados sobre desarme concertados de 1945 a 1970; conclusiones.

I. PRINCIPALES ÓRGANOS DE LAS NACIONES UNIDAS RELATIVOS AL DESARME

La Carta de las Naciones Unidas, como ya se dijo, ha confiado funciones específicas sobre desarme tanto a la Asamblea General como al Consejo de Seguridad. De 1946 a 1950, ambos órganos, ya sea directamente o a través de órganos subsidiarios, desarrollaron en la materia una labor paralela de análoga importancia. En cambio, a partir de 1951, la intervención del Consejo de Seguridad en las actividades de las Naciones Unidas relativas al desarme es prácticamente nula, en tanto que la de la Asamblea General ha ido gradualmente aumentando. Esa intervención se ha efectuado, durante los períodos de sesiones de la Asamblea, gracias a los debates de la Primera Comisión —en cuya agenda los temas de desarme ocupan siempre el lugar de honor— y el resto del año merced a las labores de diversos órganos establecidos por la Asamblea y entre los que merecen especial mención la Comisión de Desarme, creada en enero de 1952 y que aún subsiste aunque con una membresía distinta de la original, y el Comité de Desarme, que cobró vida durante el decimosexto período de sesiones de la Asamblea, a fines de 1961, con dieciocho miembros, los que en diciembre de 1969, en el vigesimocuarto período de sesiones de la propia Asamblea, han sido aumentados a veintiséis.

A continuación se incluye información resumida acerca de cada uno de esos órganos.

a) *Comisión de energía atómica*

La Carta de las Naciones Unidas fue firmada en San Francisco el 26 de junio de 1945. Las bombas nucleares entonces desconocidas debían, apenas unas cuantas semanas más tarde, sembrar la muerte y la desolación en escala jamás antes soñada al hacer explosión sobre las ciudades de Hiroshima y Nagasaki, y convertir al desarme nuclear en una de las más serias preocupaciones de todos los pueblos y gobiernos y en uno de los problemas internacionales de más apremiante solución.

De ahí que la primera resolución adoptada unánimemente por la Asamblea General (resolución 1 [I]) el 24 de enero de 1946, haya estado destinada a la “creación de una Comisión que se encargue de estudiar los problemas surgidos con motivo del desarrollo de la energía atómica” y que en la propia resolución se haya encomendado a esa Comisión el hacer con urgencia “proposiciones específicas” encaminadas,

entre otros fines, a “eliminar de los armamentos nacionales las armas atómicas”.

La Comisión quedó integrada por “un representante de cada uno de los Estados representados en el Consejo de Seguridad y un representante del Canadá, cuando este Estado no sea miembro del Consejo de Seguridad”. Celebró su primera reunión el 14 de julio de 1946 y la última el 29 de julio de 1949, no habiendo logrado resultados positivos debido al *impasse* originado por las posiciones divergentes de Estados Unidos y la Unión Soviética.

La Comisión sometió al Consejo de Seguridad tres informes (1946, 1947 y 1948) respecto a los cuales el Consejo sólo pudo ponerse de acuerdo sobre la decisión procesal de transmitirlos “a la Asamblea General y a los miembros de las Naciones Unidas.”⁴

La Comisión fue disuelta por la Asamblea General —que la había establecido— el 11 de enero de 1952, en virtud de la resolución 502 (VI) que creó la Comisión de Desarme.

b) *Comisión de Armamentos de Tipo Corriente*

El 14 de diciembre de 1946 la Asamblea General aprobó su resolución 41 (I) en la que *inter alia* recomendó que “el Consejo de Seguridad considere rápidamente la formulación de medidas prácticas, de acuerdo con su prioridad, que sean esenciales para la reglamentación general y la reducción de armamentos y fuerzas armadas, y para asegurar que tal reglamentación y reducción de fuerzas armadas sean generalmente observadas por todos los participantes y no unilateralmente por sólo algunos de ellos”.

Para dar cumplimiento a la anterior recomendación, el Consejo de Seguridad acordó, el 13 de febrero de 1947, establecer una “Comisión de Armamentos de Tipo Corriente”, integrada por los mismos miembros que el Consejo de Seguridad, a la que encargó que preparara y le sometiera propuestas adecuadas para la realización de los fines contemplados en la resolución 41 (I).

La Comisión sesionó hasta 1950, habiendo sometido al Consejo de Seguridad durante ese período tres informes (1947, 1949 y 1950).⁵ Lo mismo que en el caso de la Comisión de Energía Atómica, la discrepancia de opiniones entre Estados Unidos y la Unión Soviética constituyó un obstáculo infranqueable para el progreso de los trabajos de la Comisión que fue disuelta por el Consejo de Seguridad el 30 de enero de 1952, de conformidad con la recomendación formulada por la Asamblea General en su resolución 502 (VI), o sea la misma por la que, como ya se ha dicho, la propia Asamblea había disuelto el 11 del mismo mes y año la Comisión de Energía Atómica.

⁴ United Nations, *Repertoire of the Practice of the Security Council, 1946-1951*, Nueva York, 1954, pp. 367-368.

⁵ *Ibid.*, pp. 197-199.

c) *Comisión de Desarme*

La Comisión de Desarme ha tenido una composición variable. Originalmente quedó integrada por doce miembros. En noviembre de 1957 el número de Estados subió a veintiséis. A partir de 1958 han formado parte de ella todos los miembros de las Naciones Unidas. Durante su primer período, la comisión creó un subcomité de cinco miembros.

i) *Primer período: doce miembros*

La resolución 502 (VI) de la Asamblea General, no sólo tuvo como consecuencia la disolución de las dos comisiones anteriores, sino también el establecimiento "bajo la autoridad del Consejo de Seguridad" de una Comisión de Desarme con la misma membresía que había tenido la Comisión de Energía Atómica y que debía someter informes periódicos tanto al Consejo de Seguridad como a la Asamblea General.

Las principales atribuciones del nuevo órgano quedaron definidas en el párrafo dispositivo 3 de la resolución citada en el que la Asamblea encargó a la Comisión que

...prepare propuestas destinadas a ser incorporadas en un proyecto de tratado (o de tratados) para la reglamentación, la limitación y la reducción equilibrada de todas las fuerzas armadas y de todos los armamentos, para la eliminación de todas las armas principales utilizables para la destrucción en masa, así como para el control internacional efectivo de la energía atómica, a fin de asegurar la prohibición de las armas atómicas y el empleo de la energía atómica para fines pacíficos únicamente.

ii) *Segundo período: veintiséis miembros*

En un intento encaminado a hacer desaparecer las objeciones de quienes reprochaban a la Comisión de Desarme el no ser suficientemente representativa debido a su limitada integración, la Asamblea General, en su resolución 1150 (XII) de 19 de noviembre de 1957, decidió ampliar la membresía de la Comisión incluyendo en ella a otros catorce Estados.

El intento no tuvo éxito ya que la Comisión así ampliada no llegó a reunirse ni siquiera una sola vez.

iii) *Tercer período: membresía general*

En vista de ese fracaso, la Asamblea acordó experimentar un nuevo sistema y en su resolución 1252 D (XIII) de 4 de noviembre de 1958 decidió que "para 1959 y a título especial, la Comisión de Desarme estará integrada por representantes de todos los Estados miembros de las Naciones Unidas".

Esta composición provisional debía convertirse en definitiva mediante la resolución 1403 (XIV) aprobada el 21 de noviembre del año siguiente y en la que la Asamblea, después de tomar nota con aprobación del informe que le había transmitido la Comisión el 11 de septiembre de 1959, decidió que esta última "siguiera compuesta de todos los miembros de las Naciones Unidas". Así ha continuado estándolo hasta la fecha aunque desafortunadamente no parece que se le haya utilizado como debiera pues desde que su membresía es idéntica a la de las Naciones Unidas sólo ha llegado a reunirse en contadas ocasiones.

d) *Subcomité de cinco Potencias*

Durante el primer período de la Comisión de Desarme, la Asamblea General adoptó, el 28 de noviembre de 1953, su resolución 715 (VIII) en cuyo primer párrafo operativo la Asamblea, que había recibido y considerado el tercer informe de la Comisión, reconoció el deseo general y expresó

..su decidida intención de llegar a un acuerdo lo antes posible sobre un plan completo y coordinado, sometido a control internacional, para la reglamentación, limitación y reducción de todas las fuerzas armadas y de todos los armamentos, para la eliminación y prohibición de las armas atómicas, de hidrógeno, bacterianas, químicas y de todas las demás armas de guerra y de destrucción en masa y para el logro de estos objetivos mediante medidas eficaces.

En la propia resolución, la Asamblea sugirió a la Comisión que estudiase la conveniencia de establecer un subcomité que contribuyera a la ejecución de la tarea que se le había encomendado.

Atendiendo a esa sugerencia, la Comisión creó el 19 de abril de 1954 el subcomité conocido como "Subcomité de cinco Potencias" (Canadá, Estados Unidos, Francia, el Reino Unido y la Unión Soviética) que durante los tres años y algunos meses (mayo de 1954-septiembre de 1957) en que actuó, alcanzó a celebrar 157 sesiones. Desgraciadamente sus esfuerzos para lograr un acuerdo entre la Unión Soviética y las potencias occidentales se revelaron totalmente infructuosos.

e) *Comité de Desarme*

El órgano conocido actualmente con el nombre de Comité de Desarme, llevó de 1962 a 1969 un título más extenso en el que se indicaba el número de Estados que lo integraban: Comité de Desarme compuesto de dieciocho naciones. Al ampliarse su membresía a veintiséis, en 1969, se prefirió que en adelante se le designase simplemente como "Comité de Desarme".

i) *Primer período: dieciocho miembros*

La esterilidad de los esfuerzos de los órganos subsidiarios de las Naciones Unidas que se ocuparon del desarme de 1946 a 1960 no desalentaron a la Asamblea General, sino todo lo contrario.

Así, cuando en el otoño de 1961 los gobiernos de Estados Unidos y la Unión Soviética lograron ponerse de acuerdo sobre los principios que deberían servir de base a las negociaciones tendientes a conseguir el desarme general y completo, la Asamblea se apresuró a aprobar, el 28 de noviembre de 1961, la resolución 1660 (XVI). En ella, después de expresar su agrado por el acuerdo alcanzado, la Asamblea encareció a ambos gobiernos que convinieran igualmente en "la composición de un órgano de negociaciones que resulte satisfactoria tanto para ellos como para el resto del mundo" y expresó la esperanza de que las negociaciones pertinentes se entablaran sin demora y condujesen a "una reglamentación que sería presentada de común acuerdo a la Asamblea General".

Las negociaciones en cuestión fueron fructuosas y menos de un mes después, la Asamblea General, en su resolución 1722 (XVI) de 20 de diciembre de 1961, tomó nota con satisfacción del informe presentado a la Asamblea General por Estados Unidos y la Unión Soviética, a raíz de "su intercambio de opiniones sobre cuestiones referentes al desarme y a la reanudación de las negociaciones en un órgano apropiado" y después de recalcar que "a todos los Estados les interesan profundamente las negociaciones sobre el desarme" hizo suyo el acuerdo a que habían llegado los gobiernos de los dos Estados aludidos en cuanto a la composición de un Comité de Desarme y acordó en consecuencia que tal comité debería quedar integrado por los dieciocho miembros especificados en la propia resolución y entre los que figuró México.

El Comité de Desarme compuesto de dieciocho naciones inició sus trabajos en el Palacio de las Naciones, sede europea de las Naciones Unidas en Ginebra, el 15 de marzo de 1962, y a partir de ese mismo año principió a rendir regularmente sus informes a la Asamblea y a recibir mediante las diversas resoluciones aprobadas por ésta numerosas comisiones y encargos en materias de su competencia.

ii) *Segundo período: veintiséis miembros*

Desde 1966 comenzó a ponerse de manifiesto en los debates de la Primera Comisión de la Asamblea General la tendencia a ampliar la composición del Comité para que éste fuese más representativo de las Naciones Unidas, cuya membresía había aumentado considerablemente desde la fecha en que se le creara.

Ello motivó, finalmente, que la Asamblea General, adoptase, el 16 de diciembre de 1969, una resolución análoga a la 1722 (XVI), a la que

correspondió el número 2602 B (XXIV) y en virtud de la cual se amplió la composición del Comité —cuyo título oficial es el de “Conferencia del Comité de Desarme”— con ocho miembros adicionales.

f) *Conferencia de Estados que no poseen armas nucleares*

En virtud de sus resoluciones 2153 D (XXI) de 17 de noviembre de 1966 y 2346 B (XXII) de 19 de diciembre de 1967, la Asamblea General decidió convocar una “Conferencia de Estados que no poseen armas nucleares” que tuvo verificativo en Ginebra del 29 de agosto al 28 de septiembre de 1968.

Participaron en la Conferencia 96 Estados, inclusive cuatro Estados poseedores de armas nucleares, los que, conforme al Reglamento, tuvieron voz pero no voto en los debates de la reunión.

La Conferencia adoptó una Declaración de carácter general y 14 resoluciones⁶ relativas a los siguientes cuatro temas que figuraron en su programa: medidas para garantizar la seguridad de los Estados no poseedores de armas nucleares, establecimiento de zonas exentas de armas nucleares, cesación de la carrera de armamentos nucleares, y programas de cooperación para el empleo de la energía nuclear con fines pacíficos.

En la Declaración, la Conferencia recomendó a la Asamblea General, teniendo presente la complejidad de los problemas de que se ocupó y “la necesidad de proseguir su examen” que continuara la labor encomendada a resolverlos —como en efecto lo ha venido haciendo posteriormente la Asamblea— mediante “el estudio de los mejores medios para llevar a la práctica las decisiones adoptadas por la Conferencia”, y que como parte de esa labor “estudie la posibilidad de convocar otra conferencia en el momento oportuno”.

II. PRINCIPALES ETAPAS EN LA EVOLUCIÓN DE LAS ACTIVIDADES DE LAS NACIONES UNIDAS RELATIVAS AL DESARME

La cuestión del desarme, entendida con la amplitud que ya antes se explicó, o sea como un tema en el que quedan comprendidas medidas de prevención, de limitación, de reducción y de eliminación de armamentos, ha sido objeto de ininterrumpida consideración y estudio y de constantes negociaciones en el seno de las Naciones Unidas.

Aun cuando básicamente podría afirmarse que la meta final de esos esfuerzos ha permanecido invariable durante los últimos cinco lustros, es un hecho evidente que el enfoque de los problemas que hay que resolver y el alcance de las negociaciones han sido objeto de frecuentes cambios y fluctuaciones, lo que permite distinguir en los trabajos de las Naciones Unidas relativos al desarme cuando menos las siguientes cinco etapas:

⁶ Su texto se encuentra reproducido en el *Documento Final de la Conferencia de Estados que no Poseen Armas Nucleares*, A/7277.

a) *Primera etapa (1946-1956)*

Desde la etapa que se inicia en 1946 con la adopción de la Resolución 1 (I) a la que ya más arriba se ha hecho referencia, la Asamblea General procuró precisar en términos más claros y comprensivos que los usados en la Carta, cuál debería ser la función de las Naciones Unidas en lo que atañe al desarme.

Durante este primer período, que se continúa por algo más de diez años, los trabajos de la organización mundial se hallan encaminados a la consecución de un doble objetivo que figuró en los títulos de muchas de las resoluciones entonces aprobadas: la reglamentación, limitación y reducción de los armamentos llamados "de tipo corriente" y de las fuerzas armadas, por una parte, y la eliminación de las armas nucleares, por la otra.

La resolución más característica de esta tendencia es la que lleva el número 808 (IX) de 4 de noviembre de 1954, en la que se especificaron los tres siguientes puntos que, según indica la resolución, deberían incorporarse en una convención internacional de desarme:

La reglamentación, limitación y reducción sustancial de todas las fuerzas armadas y de todos los armamentos de tipo corriente;

La prohibición total del empleo y la fabricación de armas nucleares y de todos los tipos de armas de destrucción en masa, así como la transformación para fines pacíficos de las reservas existentes de armas nucleares;

La implantación de un control internacional efectivo mediante un órgano de control dotado de derechos, poderes y funciones adecuados para garantizar el cumplimiento efectivo de las reducciones convenidas de todos los armamentos y fuerzas armadas, así como de la prohibición de las armas nucleares y demás armas de destrucción en masa, y para asegurar el empleo de la energía atómica exclusivamente con fines pacíficos.

b) *Segunda etapa (1957-1959)*

La segunda etapa, muy breve, corresponde al decimosegundo y decimotercer períodos de sesiones de la Asamblea General efectuados en 1957 y 1958, cuando la eliminación de las armas nucleares dejó de figurar en las resoluciones aprobadas en las que sólo se habla de algunas medidas parciales de desarme, tales como la suspensión de los ensayos con armas nucleares, la cesación de la producción de materiales fisionables con fines militares y la reducción de las existencias de armas nucleares.

c) *Tercera etapa (1959-1964)*

Es obvio que esta omisión y la modificación de propósitos en ella implícita no podían satisfacer los anhelos ni contribuir a disipar los

temores de la mayoría de los gobiernos y de todos los pueblos del mundo. De ahí que en la tercera etapa, que se inicia con el decimo-cuarto período de sesiones de la Asamblea en 1959, se haya adoptado como objetivo de las tareas relacionadas con el desarme el de lograr lo que se ha llamado a partir de entonces el “desarme general y completo bajo un control internacional eficaz”, al que la Asamblea calificó en su resolución 1378 (XIV) de 20 de noviembre del año citado como “la más importante cuestión que se le plantea al mundo de hoy” y en el programa del cual debía reaparecer como objetivo —y aún con mayor énfasis y precisión que antes— la eliminación de las armas nucleares y de cualesquiera otras armas de destrucción en masa.

Los esfuerzos desarrollados de conformidad con la excitativa hecha por la Asamblea en la resolución a que acaba de aludirse, tanto dentro de las Naciones Unidas como en conversaciones bilaterales llevadas a cabo fuera de ellas por Estados Unidos y la Unión Soviética, habían de culminar en 1961 en el acuerdo de las dos superpotencias nucleares respecto a una serie de principios generales para un programa de desarme⁷ que fueron acogidos con agrado por las Naciones Unidas y que desde entonces se ha estimado que deben servir de base a las negociaciones que se efectúen en la materia. Dada su importancia, resulta precedente exponer aquí al menos sus partes esenciales.

El primero de dichos principios declara que el objetivo de las negociaciones debe consistir en lograr acuerdo sobre un programa que garantice:

Que el desarme sea general y completo y que la guerra deje de constituir un instrumento para la solución de problemas internacionales, y

Que ese desarme vaya acompañado del establecimiento de procedimientos seguros para la solución pacífica de las controversias y de disposiciones eficaces para la conservación de la paz, de conformidad con los principios de la Carta de las Naciones Unidas.

En el segundo principio se precisa que

...el programa para el desarme general y completo garantizará que los Estados sólo tendrán a su disposición los armamentos de carácter no nuclear, fuerzas armadas, elementos e instalaciones reconocidos como necesarios para mantener el orden interno y proteger la seguridad personal de los ciudadanos; y que los Estados apoyarán una fuerza armada de las Naciones Unidas al servicio de la paz y le suministrarán los contingentes en que se conviniere.

En el tercer principio se delinean las siguientes disposiciones concretas relativas a la organización militar de cada nación:

El licenciamiento de las fuerzas armadas, el desmantelamiento

⁷ A/4879.

de las instalaciones militares, incluidas las bases, la cesación de la producción de armamentos y su eliminación o su adaptación a fines pacíficos;

La eliminación de todas las reservas de armas nucleares, químicas, bacteriológicas y otras de destrucción en masa y la cesación de la producción de tales armas;

La eliminación de todos los medios para el lanzamiento de armas de destrucción en masa;

La abolición de las organizaciones y de las instituciones destinadas a estructurar el esfuerzo militar de los Estados, la cesación de toda la enseñanza militar y la clausura de todas las instituciones de enseñanza militar;

La terminación de los gastos militares.

Como cuarto principio se afirma especialmente que

...el programa de desarme se aplicará en un orden convenido y por etapas, hasta quedar completado, de modo que cada medida y etapa se cumplan en plazos determinados.

El quinto principio, que se considera fundamental, dispone que:

Todas las medidas para el desarme general y completo deberán equilibrarse de suerte que en ninguna etapa de la aplicación del tratado pudiera algún Estado o grupo de Estados obtener una ventaja militar, y que la seguridad quede garantizada por igual para todos.

El sexto principio, que reviste parecida importancia, estipula entre otras cosas que:

Todas las medidas de desarme deberán aplicarse desde el comienzo hasta el final bajo un control internacional tan estricto y eficaz, que dé la firme seguridad de que todas las partes estén cumpliendo sus obligaciones.

Viene a continuación, como séptimo principio, la especificación de una serie de medidas concretas para evitar que el desarme general y completo redunde en perjuicio del mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales. El principio en cuestión se encuentra redactado como sigue:

El progreso del desarme irá acompañado de medidas encaminadas a robustecer las instituciones para el mantenimiento de la paz y para la solución de las controversias internacionales por medios pacíficos. Durante la aplicación del programa de desarme general y completo y después, de conformidad con los principios de la Carta de las Naciones Unidas, se tomarán las medidas necesarias para mantener la paz y la seguridad internacional, incluida la obligación de los Estados de poner a disposición de las Naciones

Unidas los contingentes necesarios conforme a lo que se conviniere, para una fuerza internacional al servicio de la paz, equipada con los tipos de armamentos en que se conviniere. Los arreglos relativos a la utilización de esta fuerza deberán ser tales que garanticen a las Naciones Unidas la posibilidad de prevenir o reprimir eficazmente toda amenaza o empleo de las armas que constituya una violación de los objetivos y principios de las Naciones Unidas.

Finalmente en el octavo y último de los principios generales de que se trata se contempla que

...los Estados participantes en las negociaciones tratarán de concertar y aplicar el acuerdo más amplio posible en el plazo más corto posible. Las gestiones habrán de continuar sin interrupción hasta que se llegue a un acuerdo sobre el programa total, y las gestiones para lograr un pronto acuerdo sobre medidas de desarme y su pronta aplicación se harán sin perjuicio del adelanto hacia el acuerdo sobre el programa total y de tal manera que esas medidas faciliten dicho programa y se integren en él.

Esta tercera etapa —que puede decirse llega hasta fines de 1964— se caracterizó, en aplicación de lo previsto en el octavo principio que acaba de transcribirse, por la consideración y negociación paralelas del desarme general y completo,⁸ por una parte y, por la otra, de las llamadas medidas colaterales o medidas conexas de desarme, tales como la prohibición de los ensayos con armas nucleares.

d) *Cuarta etapa (1965-1969)*

Desafortunadamente, el método anterior comenzó a caer en desuso en 1965. A partir de entonces se inicia una cuarta etapa en la que si bien se ha continuado incluyendo periódicamente, tanto en el programa de la Asamblea General como en el del Comité de Desarme, el tema relativo al desarme general y completo, esa inclusión se ha convertido en una cuestión meramente formal al igual que lo ha sido a últimas fechas la discusión del tema. En efecto, poco a poco, tanto la Asamblea como el Comité han tendido a concentrar sus esfuerzos en las medidas conexas de desarme y lo mismo ha sucedido en los otros órganos o reuniones de las Naciones Unidas que han tenido que ver con la materia, tales como la Comisión de Desarme y la Conferencia de Estados que no poseen armas nucleares.

⁸ En 1962, el Comité de Desarme compuesto de dieciocho naciones recibió sendos proyectos de tratado sobre desarme general y completo de la Unión Soviética y de Estados Unidos, respectivamente. Los documentos ENDC/2, ENDC/2/Add.1 y ENDC/2/Rev.1 contienen el texto sometido por la primera y los documentos ENDC/30, ENDC/30/Add.1 y ENDC/30/Add.2 el presentado por los segundos.

e) *Quinta etapa (1969-...)*

Actualmente parecen existir probabilidades de que esa situación, por muchos conceptos deplorable, pueda modificarse en un futuro cercano volviendo al sistema del paralelismo descrito al hablarse de la tercera etapa que parece ser el más conveniente, ya que si bien las medidas colaterales son de especial utilidad para aliviar la tirantez y crear condiciones que faciliten el progreso hacia el desarme general y completo, precisa tener siempre presente que éste debe continuar siendo el objetivo último y la razón de ser de los esfuerzos de los órganos de las Naciones Unidas que tienen que ver con el desarme.

De ahí que haya resultado muy oportuna la resolución 2602 E (XXIV) que aprobó la Asamblea General el 16 de diciembre de 1969 y que seguramente está destinada a marcar el comienzo de una quinta etapa en las labores de que aquí se viene hablando. En esa resolución, la Asamblea proclama el decenio que ahora se inicia como "Decenio para el Desarme" y encomienda al Comité de Desarme que "elabore un programa amplio, relativo a todos los aspectos del problema de hacer cesar la carrera de armamentos y lograr el desarme general y completo bajo un control internacional eficaz, que proporcionaría a la Conferencia una pauta indicadora del camino que debería seguir en sus trabajos ulteriores y en sus negociaciones, y que informe al respecto a la Asamblea General en su vigésimo quinto período de sesiones".

México ha apoyado vigorosamente esta iniciativa de la Asamblea y su Delegación en el Comité de Desarme sometió a éste el 5 de marzo de 1970 un documento de trabajo⁹ en el que entre otras cosas se indica:

La Delegación de México considera que es ésta una tarea que, tanto por su importancia como por el relativo abandono que ha sufrido en años anteriores, debiera recibir un lugar prioritario en los empeños del Comité. Estima asimismo que para la elaboración del programa amplio y comprensivo solicitado por la Asamblea General sería muy conveniente que el Comité conociera, así sea en sus líneas generales, cuál es la posición actual de los dos Estados que ejercen la copresidencia, sobre la materia a que estará consagrado el programa en cuestión, a fin de disponer de una base realista y efectiva para el trabajo que le ha sido encomendado en la resolución antes citada.

Según se recordará, en 1962 el Comité recibió sendos proyectos de tratado de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas y de los Estados Unidos de América... Aun cuando esos dos proyectos se encuentran todavía oficialmente sometidos al Comité, es muy probable que, en vista de que han transcurrido casi dos lustros desde que fueron elaborados y tomando en consideración la evolución de las negociaciones sobre desarme, no correspondan ya con exactitud a las posiciones actuales de sus autores en lo que atañe

⁹ CCD/277.

a la cuestión del desarme general y completo bajo un control internacional eficaz. De ahí que resulte en extremo aconsejable que los gobiernos de Estados Unidos y de la Unión Soviética sometan al Comité versiones revisadas de sus respectivos proyectos haciendo a éstos cuantas modificaciones estimen necesarias con objeto de que reflejen fielmente esas posiciones puestas al día.

III. TRATADOS SOBRE DESARME CONCERTADOS DE 1945 A 1970

En los veinticinco años que van de 1945 a 1970 se han concertado cinco tratados multilaterales relativos a diversos aspectos del desarme, que, en orden cronológico, son los siguientes: el Tratado Antártico, el Tratado sobre los ensayos con armas nucleares, el Tratado sobre la utilización del espacio ultraterrestre, el Tratado de Tlatelolco y el Tratado de no Proliferación.

i) *Tratado Antártico*¹⁰

El Tratado Antártico fue abierto a firma en la ciudad de Washington el 1º de diciembre de 1959. Al 31 de marzo de 1970 el número de los Estados partes en el mismo era de 15.¹¹

De los cinco tratados a los que acaba de hacerse alusión, es aquél en cuya génesis las Naciones Unidas han tenido menor participación, ya que ésta se redujo al estímulo indirecto que, para que se llegase prontamente a un acuerdo —tanto sobre la reunión de una conferencia especial como sobre el contenido del tratado que en ella debía elaborarse— significó sin duda para los países con reivindicaciones sobre sectores de la Antártida, la posibilidad de que la Asamblea General se abocara a la consideración de esta cuestión, como la India llegó a proponerlo en dos ocasiones (1956 y 1958).¹²

Por otra parte, el Tratado Antártico es también, de entre esos mismos cinco tratados, aquel cuyas disposiciones van más lejos en la esfera del desarme, ya que tiene por objeto asegurar no sólo la desnuclearización militar sino también la desmilitarización total para fines bélicos de la Antártida y su utilización para fines pacíficos exclusivamente.

El Tratado fue elaborado en una conferencia celebrada en Washington, D. C., por invitación del gobierno de Estados Unidos, del 15 de octubre al 1º de diciembre de 1959. Participaron en ella, además del Estado anfitrión, los otros once Estados que habían formado parte del Comité Especial del Año Geofísico Internacional cuyas actividades

¹⁰ El texto íntegro del Tratado se encuentra reproducido en el Apéndice del libro del autor *México en las Naciones Unidas* que se publicará a fines de 1970.

¹¹ El gobierno de México no ha hecho todavía uso de la facultad de adhesión que confiere a todos los miembros de las Naciones Unidas el artículo XIII del Tratado.

¹² Véase A/3118/Add.1 de 13 de septiembre de 1956 y A/3852 de 15 de julio de 1958.

científicas en la Antártida, oficialmente terminadas el 31 de diciembre de 1958, se trataba de continuar.¹³

Las disposiciones del Tratado, que consta de un preámbulo y catorce artículos, se aplican a "la región situada al sur de los 60° de latitud Sur".

Las principales obligaciones que el instrumento implica para los Estados partes se hallan definidas, en lo que toca al desarme, en los artículos I y V. El primero estipula en términos generales que

...la Antártida se utilizará exclusivamente para fines pacíficos. Se prohíbe, entre otras, toda medida de carácter militar, tal como el establecimiento de bases y fortificaciones militares, la realización de maniobras militares, así como los ensayos de toda clase de armas.

El segundo, o sea el artículo V, se refiere exclusivamente a las explosiones nucleares respecto a las cuales dispone que "toda explosión nuclear en la Antártida y la eliminación de desechos radiactivos en dicha región quedan prohibidas".

Con el fin de asegurar la observancia de los compromisos contraídos en el Tratado, las Partes Contratantes tienen derecho a designar observadores y todas las regiones de la Antártida, así como las estaciones, instalaciones, equipos, navios y aeronaves que ahí se encuentren "estarán abiertos en todo momento a la inspección" por parte de cualquiera de dichos observadores conforme a lo previsto en el artículo VII del Tratado.

ii) *Tratado por el que se prohíben los ensayos con armas nucleares en la atmósfera, el espacio ultraterrestre y debajo del agua*¹⁴

Este Tratado fue abierto a firma en Moscú el 5 de agosto de 1963. Al 31 de marzo de 1970 el número de los Estados partes en el mismo era de 104. El gobierno de México lo suscribió el 8 de agosto de 1963 e hizo el depósito de su instrumento de ratificación el 27 de diciembre del mismo año.

Aun cuando el acuerdo sobre la redacción definitiva del Tratado fue resultado de la reunión tripartita celebrada en la capital de la Unión Soviética, del 15 al 25 de julio de 1963, por representantes de dicho país, de Estados Unidos y del Reino Unido, ese acuerdo constituyó en el fondo la culminación de nueve años de ininterrumpidos debates y negociaciones¹⁵ iniciados en 1954, durante la novena sesión de la Asamblea General.

¹³ Véase Robert D. Hayton: *The Antarctic Settlement of 1959, A. J. I. L.*, Vol. 54, 1960, pp. 349-371.

¹⁴ Lo indicado en la nota 10 se aplica igualmente a este Tratado.

¹⁵ Para una relación bastante completa de los mismos, ver United Nations: *The United Nations and Disarmament, 1945-1965*, Nueva York, 1967, pp. 135-182.

En el curso de ese largo período, la cuestión de la prohibición de los ensayos con armas nucleares fue considerada en numerosos foros internacionales, entre los cuales casi todos los de las Naciones Unidas relacionados con el desarme: la Asamblea General, la Conferencia del Desarme y su subcomité de cinco potencias, y el Comité de Desarme compuesto de dieciocho naciones.

En lo que atañe a la Asamblea, baste recordar que ante la seria preocupación reflejada en los debates sobre el tema relativo a los "efectos de las radiaciones atómicas y de las explosiones experimentales de bombas termonucleares" dicho órgano acordó, en su resolución 913 (X) de 3 de diciembre de 1955, crear un Comité Científico integrado por sendos representantes de quince Estados (entre los que quedó incluido México)¹⁶ y encargarle que llevara a cabo un estudio profundizado sobre los mencionados efectos.

Tres años más tarde, el Comité —cuyo título oficial es *Comité Científico de las Naciones Unidas para el estudio de los efectos de las radiaciones atómicas*— sometió a la Asamblea su primer informe comprensivo entre cuyas conclusiones figuró la siguiente:¹⁷

La contaminación del ambiente con radiactividad resultante de las explosiones de armas nucleares incrementa cada vez más los niveles de radiación en el mundo. Esto origina riesgos nuevos y en gran parte desconocidos para las poblaciones de hoy y del futuro; estos riesgos, por su propia naturaleza, no pueden ser controlados por las personas expuestas. El Comité ha llegado a la conclusión de que todas las medidas que se tomen para reducir al mínimo la irradiación de las poblaciones humanas serán beneficiosas para la salud de los individuos. Estas medidas suponen, por una parte, evitar toda exposición innecesaria provocada por el uso de procedimientos médicos, industriales u otras aplicaciones de la energía atómica con fines pacíficos, y por otra, que se cese de contaminar el ambiente con las explosiones de armas nucleares.

Esta alarmante conclusión, que, por lo demás, coincidía con la opinión de los más prominentes hombres de ciencia de todo el mundo, contribuyó sin duda a que la Asamblea tomara cada vez más en serio la necesidad de poner fin a los ensayos con armas nucleares.

A partir de 1958, sus resoluciones cobran un tono cada vez más enérgico y apremiante hasta culminar en la resolución 1762 (XVII) en la que la Asamblea:

1. Condena todos los ensayos de armas nucleares;
2. Pide que esos ensayos cesen inmediatamente y a más tardar el 1º de enero de 1963;
3. Encarece a los gobiernos de Estados Unidos de América, del Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte y de la Unión

¹⁶ El Representante mexicano en el Comité ha sido desde un principio el Dr. Manuel Martínez Báez.

¹⁷ A/3838, p. 48.

de Repúblicas Socialistas Soviéticas que zanjen las diferencias que subsisten entre ellos, a fin de llegar a un acuerdo sobre la cesación de los ensayos nucleares a más tardar el 1º de enero de 1963...

La exhortación de la Asamblea no pudo desgraciadamente cumplirse, ni en cuanto a la fecha límite fijada, ya que el Tratado de Moscú se firmó ocho meses después de la misma, ni, algo mucho más deplorable, en lo tocante al alcance de la prohibición que, como es sabido, no ha cubierto las explosiones subterráneas.

Ello no obstante, el procedimiento adoptado en el Tratado corresponde en gran parte al sugerido por la propia Asamblea en el párrafo 6 de su resolución ya citada en el que recomendó que

...si, contra toda esperanza, las partes interesadas no llegaren a un acuerdo sobre la cesación de todos los ensayos a más tardar el 1º de enero de 1963, concierten un acuerdo inmediato por el que se prohíban los ensayos nucleares en la atmósfera, en el espacio ultraterrestre y debajo del agua, acompañado de un arreglo provisional que suspenda todos los ensayos subterráneos... en la inteligencia de que dicho arreglo provisional deberá comprender garantías adecuadas en cuanto a la detección e identificación eficaces de los fenómenos sísmicos por una comisión científica internacional.

El Tratado de Moscú es relativamente breve pues tiene sólo tres párrafos preambulares y cinco artículos. Las obligaciones contraídas por las partes se encuentran definidas en el artículo primero por el que cada una de ellas se compromete "a prohibir, a prevenir, y a no llevar a cabo" lo mismo que "a abstenerse de causar o alentar" cualquier "explosión de ensayo de armas nucleares, o cualquiera otra explosión nuclear" en cualquier lugar que se halle bajo su jurisdicción o autoridad dentro de los medios siguientes:

En la atmósfera, más allá de sus límites, incluidos el espacio ultraterrestre, o debajo del agua, incluidas las aguas territoriales o la alta mar; o

En cualquier otro medio si tal explosión causa la presencia de desechos radiactivos fuera del límite territorial del Estado bajo cuya jurisdicción o soberanía se efectúa tal explosión.

El Tratado no contiene disposición alguna de control internacional pues se creyó —y lo acaecido de entonces a acá comprueba con cuánta razón— que los sistemas nacionales de detección serían suficientes para desalentar toda violación de sus disposiciones.

En el Preámbulo se dejó constancia de la intención de las llamadas "Partes Originarias" —Estados Unidos, Reino Unido y Unión Soviética— de procurar "alcanzar la suspensión permanente de todas las explosiones de ensayo con armas nucleares" y de su determinación de "proseguir las negociaciones con este fin".

Hasta la fecha esas aseveraciones se han quedado en el papel y el número de explosiones nucleares subterráneas realizadas con posterioridad al Tratado de 1963 es bastante mayor que el de las que tuvieron lugar antes de que se suscribiera dicho instrumento. De ahí que en el programa de la Asamblea General se haya venido incluyendo cada año sin excepción el tema intitulado *Urgente necesidad de suspender los ensayos nucleares y termonucleares* y que la propia Asamblea se pronuncie sobre esa necesidad, con creciente apremio, en sus resoluciones anuales, al mismo tiempo que el Comité de Desarme tiene permanentemente incluida esta cuestión entre las que merecen en su agenda una atención prioritaria.

iii) *Tratado sobre los principios que deben regir las actividades de los Estados en la exploración y utilización del espacio ultraterrestre, incluso la Luna y otros cuerpos celestes.*¹⁸

El Tratado cuyo extenso título acaba de transcribirse fue abierto a firma en las ciudades de Washington, Londres y Moscú, el 27 de enero de 1967. El gobierno de México lo suscribió en esa misma fecha e hizo el depósito de su instrumento de ratificación el 31 de enero de 1968. Al 31 de marzo de 1970 el número de los Estados partes en el Tratado era de 48.

La preocupación de la Asamblea General de las Naciones Unidas por contribuir a que la utilización pacífica del espacio ultraterrestre quedase internacionalmente garantizada se dejó sentir desde hora temprana. Apenas unas seis semanas después de que la Unión Soviética había lanzado el primer satélite artificial conocido como *Sputnik I*, la Asamblea, en su resolución 1148 (XII) de 14 de noviembre de 1957 pidió que se realizara un "estudio conjunto de un sistema de inspección que garantice que el lanzamiento de artefactos al espacio ultraterrestre tendrá exclusivamente finalidades pacíficas y científicas".

De 1958 a 1962 la Asamblea adoptó varias resoluciones sobre la materia de entre las que conviene señalar la 1472 (XIV) de 12 de diciembre de 1959 por la que la Asamblea instituyó una *Comisión sobre la Utilización del Espacio Ultraterrestre con Fines Pacíficos* integrada por veinticuatro Estados, México inclusive.

El año siguiente constituyó la etapa más importante en la labor preparatoria del Tratado. En efecto, en 1963, la Asamblea General aprobó tres resoluciones que debían resultar particularmente eficaces:

La primera fue la resolución 1884 (XVIII), de 17 de octubre, la cual correspondió casi textualmente a un proyecto de resolución presentado por la Delegación de México. En esa resolución la Asamblea instó solemnemente a todos los Estados

...a que se abstengan de poner en órbita alrededor de la tierra cualesquier objetos que lleven armas nucleares u otras clases de

¹⁸ Lo indicado en la nota 10 se aplica igualmente a este Tratado.

armas de destrucción en masa, de emplazar tales armas en cuerpos celestes, o de colocar en cualquier otra forma tales armas en el espacio ultraterrestre.

La segunda, aprobada el 13 de diciembre, llevó el título de *Declaración de los principios jurídicos que deben regir las actividades de los Estados en la exploración y utilización del espacio ultraterrestre* y el número 1962 (XVIII), habiendo quedado incorporados ya en ella casi todos los principios que posteriormente debían encontrar su lugar en el Tratado.

En la tercera resolución, adoptada el mismo día que la anterior como resolución 1963 (XVIII), la Asamblea recomendó que se estudiara “la posibilidad de incluir en un acuerdo internacional, en el momento que se considere apropiado, principios jurídicos que rijan las actividades de los Estados relacionadas con la exploración y utilización del espacio ultraterrestre” y pidió a la Comisión sobre la Utilización del Espacio Ultraterrestre con Fines Pacíficos que continuase esforzándose en llevar a buen fin la tarea que tenía encomendada.

Finalmente, tres años más tarde, en 1966, la Asamblea General después de examinar detenidamente el proyecto de tratado que le sometió la Comisión que acaba de mencionarse, se refirió a él en los términos que debían servirle después de título oficial y lo incluyó como anexo a su resolución 2222 (XXI) de 19 de diciembre de 1966, pidiendo a los Gobiernos Depositarios que lo abrieran “a la firma y ratificación lo más pronto posible”, al mismo tiempo que expresaba la esperanza de que “se preste la adhesión más amplia posible a este Tratado”.

Como se desprende de la anterior reseña, el Tratado ha sido —junto con el Tratado sobre la no proliferación de las armas nucleares que se examinará más adelante— uno de los dos instrumentos sobre desarme ya concertados que han sido totalmente elaborados por órganos de las Naciones Unidas.

El Tratado comprende un amplio preámbulo y 17 artículos. Sus principales disposiciones relativas al desarme son las contenidas en los artículos III, IV y XII. Por el artículo III, los Estados quedan obligados a

...realizar sus actividades de exploración y utilización del espacio ultraterrestre, incluso la Luna y otros cuerpos celestes, de conformidad con el derecho internacional, incluida la Carta de las Naciones Unidas, en interés del mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales y del fomento de la cooperación y la comprensión internacionales.

El artículo IV, que es sin duda el de mayor trascendencia tocante a obligaciones precisas y específicas, las partes

...se comprometen a no colocar en órbita alrededor de la Tierra ningún objeto portador de armas nucleares ni de ningún otro tipo

de armas de destrucción en masa, a no emplazar tales armas en los cuerpos celestes y a no colocar tales armas en el espacio ultraterrestre en ninguna otra forma.

El artículo termina disponiendo lo que sigue:

La Luna y los demás cuerpos celestes se utilizarán exclusivamente con fines pacíficos por todos los Estados partes en el Tratado. Queda prohibido establecer en los cuerpos celestes bases, instalaciones y fortificaciones militares, efectuar ensayos con cualquier tipo de armas y realizar maniobras militares. No se prohíbe la utilización de personal militar para investigaciones científicas ni para cualquier otro objetivo pacífico. Tampoco se prohíbe la utilización de cualquier equipo o medios necesarios para la exploración de la Luna y de otros cuerpos celestes con fines pacíficos.

En cuanto al artículo XII, su objetivo es el de establecer facilidades de observación y visita que permitan a las partes verificar el cumplimiento de las obligaciones contraídas en el Tratado, dentro de los límites establecidos en el propio artículo que tiene la siguiente redacción:

Todas las estaciones, instalaciones, equipo y vehículos espaciales situados en la Luna y otros cuerpos celestes serán accesibles a los representantes de otros Estados partes en el presente Tratado, sobre la base de reciprocidad. Dichos representantes notificarán con antelación razonable su intención de hacer una visita, a fin de permitir celebrar las consultas que procedan y adoptar un máximo de precauciones para velar por la seguridad y evitar toda perturbación del funcionamiento normal de la instalación visitada.

Al aprobarse en la Asamblea General la resolución 2222 (XXI), la Delegación de México dejó constancia de su opinión en el sentido de que el segundo párrafo del artículo IV adolece de una laguna que debería llenarse en el momento oportuno. Esa laguna consiste en que la obligación a que se contrae dicho párrafo, o sea la de la utilización exclusiva con fines pacíficos, se aplica únicamente a “la Luna y los demás cuerpos celestes”, pues desgraciadamente no fue posible que las potencias espaciales aceptaran incluir —como lo pidieron con insistencia la mayoría de los países participantes en las negociaciones de la Comisión que elaboró el proyecto de tratado— al espacio ultraterrestre en su totalidad, lo que habría significado la prohibición absoluta de tránsito a través de dicho espacio por parte de cualquier cohete destinado a fines bélicos.

iv) *Tratado para la Proscripción de las Armas Nucleares en la América Latina (Tratado de Tlatelolco)*¹⁹

El Tratado para la Proscripción de las Armas Nucleares en la Amé-

¹⁹ Para una relación detallada de la génesis, alcance y propósitos del Tratado

rica Latina debe el título de *Tratado de Tlatelolco* con el que generalmente se le conoce al hecho de haber sido abierto a firma el 14 de febrero de 1967, en el área de conferencias de la Cancillería mexicana que, como es sabido, tiene su sede en ese histórico barrio de la ciudad de México. Al 31 de marzo de 1970 el número de los Estados partes en el mismo era de dieciséis.²⁰

Aunque el Tratado de Tlatelolco tiene con las Naciones Unidas una deuda mucho mayor que la que pueda tener el Tratado Antártico, al igual que éste debe considerársele fundamentalmente como el resultado de los esfuerzos de un grupo de Estados, animados de principios análogos y persiguiendo propósitos semejantes. En efecto, el Tratado de Tlatelolco representa ante todo la culminación de una audaz empresa latinoamericana que, como se dijo ante el Plenario de las Naciones Unidas desde noviembre de 1963, constituye un testimonio de que "la América Latina ha alcanzado ya su mayoría de edad y sabe percibir correctamente cuáles son los designios auténticos de sus pueblos". Según lo afirmó el propio Secretario General de las Naciones Unidas, U Thant, en el mensaje que dirigió a la Comisión Preparatoria con motivo de la aprobación del Tratado el 12 de febrero de 1967: "las Naciones de la América Latina pueden, con amplia justificación, enorgullecerse de lo que han logrado por su propia iniciativa y mediante sus propios esfuerzos".

El origen del Tratado se remonta a la declaración conjunta formulada el 29 de abril de 1963 por cinco Presidentes latinoamericanos, a iniciativa del de México, en la que en nombre de sus pueblos y gobiernos, anunciaron que éstos últimos se hallaban dispuestos a firmar un acuerdo multilateral latinoamericano por el cual se comprometerían a "no fabricar, recibir, almacenar, ni ensayar armas nucleares o artefactos de lanzamiento nuclear".

Siete meses después, la Asamblea General de las Naciones Unidas aprobó, el 27 de noviembre de 1963, la resolución 1911 (XVIII) intitulada *Desnuclearización de la América Latina* por la que la Asamblea manifestó el apoyo y estímulo de la comunidad mundial a la iniciativa plasmada en la declaración, tomando nota "con satisfacción" de tal iniciativa y expresando la esperanza de que los Estados latinoamericanos iniciaran estudios "sobre las medidas que convenga acordar para realizar los propósitos de la referida declaración".

La Asamblea pidió además al Secretario General que prestase "a los Estados de la América Latina, cuando lo soliciten, los servicios técnicos

para la Proscripción de las Armas Nucleares en la América Latina, puede consultarse: Alfonso García Robles, *El Tratado de Tlatelolco*, El Colegio de México, 1967, XXXI y 339 pp. En el Apéndice de esta obra se encuentra reproducido el texto íntegro del Tratado y los principales documentos de la labor preparatoria con él relacionados.

²⁰ En orden alfabético dichos Estados son los siguientes: Barbados, Bolivia, Costa Rica, Ecuador, El Salvador, Guatemala, Haití, Honduras, Jamaica, México, Nicaragua, Paraguay, Perú, República Dominicana, Uruguay y Venezuela. Los otros seis Estados signatarios del Tratado que aún no son partes en el mismo son, también en orden alfabético: Argentina, Brasil, Chile, Colombia, Panamá y Trinidad y Tobago.

que puedan requerir para realizar los propósitos expuestos" en la resolución. U Thant cumplió con creces esa recomendación de la Asamblea, ya que no sólo prestó siempre, por conducto del Jefe de la División de Asuntos de Desarme de la Secretaría de las Naciones Unidas, inapreciable asistencia técnica en todos los aspectos en que le fue solicitada, sino que en las introducciones a sus Memorias Anuales y en varios mensajes especiales se preocupó por incluir alentadores comentarios sobre el progreso de la labor preparatoria llevada a cabo por los Estados latinoamericanos.

A raíz de clausurado el decimoctavo período de sesiones de la Asamblea, la Cancillería mexicana inició activas consultas con las de las demás Repúblicas latinoamericanas respecto a los procedimientos que pudieran ser más eficaces para la realización de los propósitos contemplados en la resolución 1911 (XVIII). Fruto de esas consultas debía ser la Reunión Preliminar para la Desnuclearización de la América Latina (REUPRAL), efectuada en México del 23 al 27 de noviembre de 1964 y en la que se creó la Comisión Preparatoria para la Desnuclearización de la América Latina (COPREDAL), que tuvo la misma sede y la cual, en el curso de cuatro períodos de sesiones celebrados entre marzo de 1965 y febrero de 1967, habría de llevar a feliz término la tarea que le fue encomendada de elaborar el texto de un tratado de desnuclearización militar de la América Latina.

Tan luego como el Tratado entró en vigor para once Estados, el gobierno de México, en su carácter de Gobierno Depositario, convocó, de acuerdo con lo previsto en el párrafo 3 del artículo 28, una reunión preliminar de dichos Estados a fin de que se constituyera y entrara en funciones el Organismo para la Proscripción de las Armas Nucleares en la América Latina (OPANAL) establecido en virtud del artículo 7 del propio Tratado. Dicha reunión preliminar (REOPANAL) tuvo verificativo a fines de junio de 1969 y realizó toda la labor preparatoria²¹ que se requería para la primera sesión de la Conferencia General del OPANAL. Esta última inauguró su primer período de sesiones el 2 de septiembre de 1969 con la asistencia del Secretario General de las Naciones y del Director General del Organismo Internacional de Energía Atómica, señor Sigvard Eklund, habiendo aprobado, como resultado de siete días de trabajo, una serie de documentos básicos, de carácter jurídico y administrativo,²² que servirán de cimiento al nuevo Organismo latinoamericano.

El Tratado comprende un amplio Preámbulo, 31 artículos, un artículo transitorio y dos protocolos adicionales. Los principales propósitos perseguidos por los Estados que elaboraron el Tratado se encuentran muy bien resumidos en el penúltimo párrafo de su Preámbulo en el que han expresado su convicción de que:

²¹ El Acta Final de la Reunión ha sido reproducida como documento REOPANAL/2 de 28 de junio de 1969.

²² El texto de todas las resoluciones y otros documentos aprobados por la Conferencia General, así como los discursos pronunciados en su sesión inaugural por los dos funcionarios internacionales arriba citados se encuentra reproducido en el documento OPANAL/S/1 de 9 de septiembre de 1969.

La desnuclearización militar de la América Latina —entendiendo por tal el compromiso internacionalmente contraído en el presente Tratado de mantener sus territorios libres para siempre de armas nucleares— constituirá una medida que evite a sus pueblos el derroche, en armamento nuclear, de sus limitados recursos y que los proteja contra eventuales ataques nucleares a sus territorios; una significativa contribución para impedir la proliferación de armas nucleares, y un valioso elemento en favor del desarme general y completo.

El régimen establecido en el artículo 1 del Tratado y aceptado libremente por todos los Estados partes es el de ausencia total de armas nucleares. Ausencia, concepto éste de diáfana claridad que no admite interpretaciones erróneas o sutiles ni puede significar otra cosa que la no existencia, a perpetuidad, de armas nucleares en los territorios de las Partes Contratantes del Tratado, sea cual fuere el Estado bajo cuyo dominio o control pudieran ellas encontrarse.

Es por eso que las obligaciones definidas en el artículo primero son de tal manera precisas y completas que no dejan posibilidad alguna de evasión. En dicho artículo, las Partes Contratantes se comprometen a “utilizar exclusivamente con fines pacíficos el material y las instalaciones nucleares sometidos a su jurisdicción” y a “prohibir e impedir en sus respectivos territorios”, tanto “el ensayo, uso, fabricación, producción o adquisición, por cualquier medio, de toda arma nuclear”, como “el recibo, almacenamiento, instalación, emplazamiento o cualquier forma de posesión de toda arma nuclear”; ya sea por sí mismas, directa o indirectamente, por mandato de, o a terceros, o en cualquier otra forma. Las Partes se comprometen asimismo “a abstenerse de realizar, fomentar o autorizar, directa o indirectamente, el ensayo, el uso, la fabricación, la producción, la posesión o el dominio de toda arma nuclear o de participar en ello de cualquier manera”.

El Tratado ha establecido así una zona libre de esos terribles instrumentos de destrucción en masa que ambiciona llegue a abarcar un día la superficie total del subcontinente latinoamericano, lo que significa una extensión de algo más de veinte millones de kilómetros cuadrados en los que, al nivel actual de su densidad de población, vivirían unos doscientos sesenta millones de seres humanos; y que ya desde hoy tiene una superficie de alrededor de seis millones de kilómetros cuadrados con una población de cien millones de habitantes aproximadamente.

Lo anterior, unido al hecho de que el Tratado es el único instrumento internacional vigente que posee, para asegurar la observancia de las obligaciones de desarme por él contraídas, un sistema de control internacional eficaz dotado de un órgano supervisor propio, explica los reiterados elogios de que ha sido objeto en los más altos foros internacionales —tales como la Asamblea General y el Comité de Desarme— y por las personalidades más calificadas en la materia, como el Secretario General de las Naciones Unidas y el Director General del OIEA.

A título de ejemplo, bastará recordar que la Asamblea General, en

su Resolución 2286 (XXII) aprobada el 5 de diciembre de 1967, después de expresar su "especial beneplácito" por la concertación del Tratado, proclamó que éste "constituye un acontecimiento de significación histórica en los esfuerzos para evitar la proliferación de las armas nucleares y promover la paz y la seguridad internacionales".

Digno complemento del juicio anterior son los conceptos expuestos por U Thant,²³ el 2 de septiembre de 1969, en la ceremonia inaugural de la Conferencia General del OPANAL, cuando dijo:

En un mundo que demasiado a menudo parece oscuro y ominoso, el Tratado de Tlatelolco brillará como un faro. Este Tratado es una demostración práctica para toda la humanidad de lo que puede lograrse cuando existen la suficiente dedicación y la necesaria voluntad política.

El Tratado de Tlatelolco es único en varios aspectos... El Tratado de Tlatelolco es único porque se refiere a una importante zona habitada de la Tierra. También es único porque el Organismo que se crea en este período de sesiones tendrá la ventaja de poseer un sistema permanente y eficaz de control con una serie de características novedosas. Además de aplicar el sistema de medidas de protección del Organismo Internacional de Energía Atómica, el régimen establecido por el Tratado contiene disposiciones sobre informes e investigaciones especiales y, en caso de sospecha, inspecciones especiales. Este Tratado incluye una serie de aspectos del sistema conocido con el nombre de "verificación por desafío", que es uno de los conceptos nuevos que más esperanzas suscitan en la complicada cuestión de la verificación y control.

El Tratado de Tlatelolco precedió al Tratado sobre la no proliferación de las armas nucleares en más de un año y lo supera en el alcance de sus prohibiciones y sus disposiciones de control. Los dos tratados tienen un fin semejante, pero el primero supera al segundo también porque prohíbe el uso o la amenaza de uso de armas nucleares en la zona desnuclearizada...

Con las medidas de protección y las garantías establecidas por el Tratado de Tlatelolco y por el funcionamiento del Organismo, la energía nuclear se usará exclusivamente con fines pacíficos en los países de la zona y sus beneficios se dedicarán solamente al desarrollo económico y al progreso social de su población. De esta manera, los Estados miembros del OPANAL tomarán la iniciativa de demostrar al mundo que la energía nuclear será, como debe ser, un gran bien para la humanidad y no el instrumento de su destrucción.

Los Estados de la América Latina, entre los cuales están también los Estados del Mar Caribe, han trabajado mucho y bien en la construcción del edificio del Organismo para la Proscripción de las Armas Nucleares en la América Latina. Tal vez la historia diga luego que también ellos "construyeron mejor de lo que pensaban". Ahora el OPANAL ha visto la luz. Estoy seguro de que cuenta con los buenos deseos de los Miembros de las Naciones Unidas. También estoy seguro de que el Organismo, a medida que prosiga su labor para

²³ OPANAL/S/Inw.4, pp. 4-6.

la seguridad, la paz y el progreso, seguirá recibiendo el aliento y el apoyo de las Naciones Unidas. En la Carta del Organismo —el Tratado de Tlatelolco— ustedes han establecido estrechos vínculos con las Naciones Unidas. Espero que en los años venideros estos vínculos se harán cada vez más fuertes para beneficio mutuo de las dos organizaciones en su causa común.

El Tratado, como ya se ha dicho, contiene dos protocolos adicionales.

El Protocolo Adicional I se encuentra abierto a la firma de aquellos Estados continentales y extracontinentales que “tienen *de jure* o *de facto* responsabilidad internacional sobre territorios situados en la zona de aplicación” del Tratado. Dichos Estados son Estados Unidos, Francia, los Países Bajos y el Reino Unido. Al 31 de marzo el Protocolo había sido firmado por los Países Bajos y el Reino Unido y ratificado por el segundo.

El Protocolo Adicional II se encuentra abierto a la firma de las Potencias nucleares, es decir, de Estados Unidos, Francia, el Reino Unido, la República Popular de China y la Unión Soviética. Conforme a lo en él estipulado, las Potencias nucleares que lleguen a ser Partes en el Protocolo contraerán los siguientes compromisos:

el de respetar “en todos sus objetivos y disposiciones expresas” el “estatuto de desnuclearización para fines bélicos de la América Latina, tal como está definido, delimitado y enunciado en las disposiciones” del Tratado de Tlatelolco;

el de “no contribuir en forma alguna a que, en los territorios a los que se aplique el Tratado... sean practicados actos que entrañen una violación de las obligaciones enunciadas en el artículo 1 del Tratado”, y

el de “no emplear armas nucleares y no amenazar con su empleo contra las Partes Contratantes del Tratado”.

Al 31 de marzo de 1970 el Protocolo había sido firmado por el Reino Unido y Estados Unidos y ratificado por el primero.

La Asamblea General en dos distintas ocasiones —Resoluciones 2286 (XXII) de 5 de diciembre de 1967 y 2256 B (XXIII) de 20 de diciembre de 1968— y la Conferencia de Estados que no poseen armas nucleares en una —Resolución B de 27 de septiembre de 1968— han exhortado con apremio a las Potencias nucleares a que “firmen y ratifiquen el Protocolo Adicional II del Tratado [de Tlatelolco] a la mayor brevedad posible”.

La Conferencia General del OPANAL, por su parte, en su Resolución 1 (I) aprobada en su primer período de sesiones del 5 de septiembre de 1969, después de deplorar que “no todos los Estados que poseen armas nucleares hayan firmado todavía el Protocolo Adicional II”, y de instar a dichos Estados a que “den entero cumplimiento a las exhortaciones que les han sido dirigidas por la Asamblea General de las Naciones Unidas y por la Conferencia de Estados que no poseen armas nucleares en el sentido de que firmen y ratifiquen dicho protocolo a la mayor brevedad posible”, terminó invitando a los Estados miembros

del OPANAL a que “en caso de que al 30 de junio de 1970 el Protocolo Adicional II no hubiere sido aún firmado y ratificado por todos los Estados que poseen armas nucleares, promuevan conjuntamente la inclusión en el programa del vigesimoquinto período de sesiones de la Asamblea General de las Naciones Unidas del siguiente tema: Estado de la aplicación de la Resolución 2456 B (XXIII) relativa a la firma y ratificación del Protocolo Adicional II del Tratado para la Proscripción de las Armas Nucleares en la América Latina (Tratado de Tlatelolco)”.

Como al vencer el plazo fijado en esa Resolución, el Protocolo sigue estando aún lejos de recibir las firmas y ratificaciones de todas las Potencias nucleares, el tema indicado en la propia resolución deberá figurar en el programa del vigesimoquinto período de sesiones de la Asamblea General de la ONU.

v) *Tratado sobre la No Proliferación de las Armas Nucleares*²⁴

Este Tratado fue abierto a la firma en las ciudades de Washington, Londres y Moscú, el 1º de julio de 1968. Al 31 de marzo de 1970 eran 61 los Estados Partes en el mismo. La firma del Tratado por el gobierno de México tuvo verificativo el 26 de julio de 1968 y el depósito del instrumento de ratificación correspondiente el 21 de enero de 1969.

El régimen de ausencia total de armas nucleares, al que ha dado vigencia el Tratado de Tlatelolco para los Estados que en él son partes, constituye sin duda el procedimiento más eficaz para impedir la proliferación de las armas nucleares.

Desafortunadamente todavía son pocas las regiones en las que existen las condiciones privilegiadas de la América Latina que han hecho posible la adopción de dicho régimen.

Así lo comprobó la encuesta que el Secretario General de las Naciones Unidas llevó a cabo en cumplimiento de la Resolución 1664 (XVI) aprobada por la Asamblea General, a iniciativa de Suecia, en diciembre de 1961 y que estuvo destinada a dilucidar en qué condiciones los países que no poseen armas nucleares estarían dispuestos a comprometerse, no sólo a “abstenerse de fabricar o adquirir de cualquier otro modo” armas nucleares, sino también a “negarse a recibir en lo futuro armas nucleares en su territorio por cuenta de cualquier otro país”.

Los desalentadores resultados de dicha encuesta²⁵ demostraron que existían obstáculos prácticamente insuperables para la incorporación de compromisos de esa índole en un eventual tratado de alcance mundial.

En vista de ello, las Naciones Unidas decidieron recurrir a una fórmula más modesta, que correspondió esencialmente a la que Irlanda había propuesto desde 1958; que había quedado incluida en sendas resoluciones de la Asamblea aprobadas en 1959, 1960 y 1961, y que se limitaba a tratar de obtener el compromiso de los Estados poseedores

²⁴ Lo indicado en la nota 10 se aplica igualmente a este Tratado.

²⁵ *Official Records of the Disarmament Commission, Supplement for January 1961 to 1962, Doc. DC/201 y Add.1-3.*

de armas nucleares de que se abstendrían de "ceder el dominio" de cualquier tipo de dichas armas a los demás Estados, y el compromiso de estos últimos de no fabricar ni adquirir armas nucleares, pero dejando subsistir sin ninguna cortapisa el derecho de los Estados que no poseen armas nucleares de solicitar o permitir el establecimiento de bases nucleares en sus respectivos territorios.

México, persuadido de los graves peligros que implicaría el aumento de Estados poseedores de esos terribles instrumentos de destrucción en masa, prestó su decidida cooperación a los esfuerzos tendientes a concluir un acuerdo internacional destinado a impedir tal aumento, aunque dejando bien claro desde un principio su interés prioritario en que se mantuviera incólume para la América Latina el régimen de ausencia total de armas nucleares que en 1963 quedó consagrado en la Resolución 1911 (XVIII) de la Asamblea General.

Dicha cooperación se puso de manifiesto lo mismo en el seno de la propia Asamblea que en el Comité de Desarme de Dieciocho Naciones que inició sus labores en Ginebra el 15 de marzo de 1962. Tanto en aquella como en éste, la actuación de México estuvo principalmente encaminada a conseguir los tres objetivos siguientes: que la prohibición de la proliferación de las armas nucleares estuviese vinculada con el fomento de la utilización pacífica de la energía nuclear en provecho de los países en desarrollo, incluyendo los beneficios potenciales de toda aplicación pacífica de las explosiones nucleares; que quedase claramente establecido en el tratado que llegara a concertarse para evitar esa proliferación que dicho tratado no podría considerarse como un fin en sí, sino sólo como un medio que facilitaría la adopción de medidas eficaces de auténtico desarme nuclear, y, finalmente, que el tratado no debería afectar en forma alguna el derecho de cualquier grupo de Estados de concertar tratados regionales destinados a asegurar la proscripción absoluta de las armas nucleares en sus respectivos territorios.

Esa actuación de México se vio en gran parte recompensada por el éxito. En 1965, las delegaciones de los ocho países no alineados del Comité de Desarme —entre las que figuraba la de México— ejercieron una influencia decisiva para la adopción por la Asamblea General de la Resolución 2028 (XX) en la que quedaron incorporados cinco principios generales sobre los que debería basarse el futuro tratado de no proliferación. Esos principios, que corresponden fielmente a la posición adoptada por México, son los siguientes:

a) El tratado no debe dejar a las Potencias nucleares o no nucleares posibilidad alguna que permita la proliferación directa o indirecta de las armas nucleares en ninguna forma;

b) El tratado debe establecer un equilibrio aceptable de responsabilidades y obligaciones mutuas para las Potencias nucleares y las no nucleares;

c) El tratado debe ser un paso hacia la consecución del desarme general y completo y, más particularmente, del desarme nuclear;

d) Deben incluirse disposiciones aceptables y viables para garantizar la efectividad del tratado;

e) El tratado no debe contener disposición alguna que menoscabe el derecho de cualquier grupo de Estados a concertar tratados regionales a fin de garantizar la ausencia total de armas nucleares en sus respectivos territorios.

Al año siguiente la Asamblea General aprobó, gracias a esfuerzos análogos, la Resolución 2153 (XXI) en la que la Asamblea General pidió, entre otras cosas, "a todas las potencias que poseen armas nucleares que se abstengan de emplear, o de amenazar con emplear, armas nucleares contra Estados que concierten tratados tales como los definidos en el inciso e) del párrafo 2 de la resolución 2028 (XX) de la Asamblea General". Los tratados en cuestión son, conforme a la definición mencionada, cualesquiera tratados regionales que tengan por objeto "garantizar la ausencia total de armas nucleares" en los territorios de los Estados partes, como lo hace el Tratado de Tlatelolco.

Posteriormente, en septiembre de 1967, o sea a raíz de que Estados Unidos y la Unión Soviética habían logrado ponerse de acuerdo en el Comité de Desarme sobre el texto de un proyecto de Tratado de no proliferación, la Delegación de México en el Comité presentó cuatro enmiendas concretas a dicho texto relacionadas con los tres objetivos de que ya antes se ha hecho mención. Dichas enmiendas fueron parcial o totalmente aceptadas por las dos potencias nucleares e incorporadas por ellas en el texto revisado del proyecto de tratado distribuido el 18 de enero y que posteriormente fue objeto de una segunda revisión el 11 de marzo.

Por último, en la segunda parte del vigesimosegundo período de sesiones de la Asamblea (24 de abril-12 de junio de 1968) la Delegación de México, con la cooperación de numerosas delegaciones latinoamericanas, consiguió que el texto del tratado que debía someterse a votación en la Primera Comisión de la Asamblea fuese objeto de una tercera revisión a fin de que reflejase con mayor fidelidad el repudio a la amenaza o el uso de la fuerza, la necesidad de incrementar la cooperación internacional para un mayor aprovechamiento de la energía nuclear con fines pacíficos y la de evitar al máximo la desviación de los recursos humanos y económicos hacia los armamentos.

Las principales obligaciones que contraen los Estados no poseedores de armas nucleares que sean partes en el Tratado se encuentran consignadas en los artículos II y III. En virtud de este último se adquiere el compromiso de aceptar el Sistema de Salvaguardias del Organismo Internacional de Energía Atómica para la verificación del cumplimiento de las disposiciones del artículo II, el cual se halla así concebido:

Cada Estado no poseedor de armas nucleares que sea parte en el Tratado se compromete a no recibir de nadie ningún traspaso de armas nucleares u otros dispositivos nucleares explosivos ni el control sobre tales armas o dispositivos explosivos, sea directa o in-

directamente; a no fabricar ni adquirir de otra manera armas nucleares u otros dispositivos nucleares explosivos; y a no recabar ni recibir ayuda alguna para la fabricación de armas nucleares u otros dispositivos nucleares explosivos.

En cuanto a las principales obligaciones de los Estados poseedores de armas nucleares, éstas se encuentran incorporadas en los artículos I y VI cuyos respectivos textos son los que a continuación se transcriben:

Cada Estado poseedor de armas nucleares que sea parte en el Tratado se compromete a no traspasar a nadie armas nucleares u otros dispositivos nucleares explosivos ni el control sobre tales armas o dispositivos explosivos, sea directa o indirectamente; y a no ayudar, alentar o inducir en forma alguna a ningún Estado no poseedor de armas nucleares a fabricar o adquirir de otra manera armas nucleares u otros dispositivos nucleares explosivos, ni el control sobre tales armas o dispositivos explosivos.

Cada parte en el Tratado se compromete a celebrar negociaciones de buena fe sobre medidas eficaces relativas a la cesación de la carrera de armamentos nucleares en fecha cercana y al desarme nuclear, y sobre un tratado de desarme general y completo bajo estricto y eficaz control internacional.

Conviene mencionar asimismo que el artículo VII del Tratado, cuya inserción se debió a una propuesta mexicana, estipula lo que sigue:

Ninguna disposición de este Tratado menoscabará el derecho de cualquier grupo de Estados a concertar tratados regionales a fin de asegurar la ausencia total de armas nucleares en sus respectivos territorios.

Al momento de firmar el Tratado el 26 de julio de 1968, el Gobierno de México, haciendo referencia al anterior artículo y a la prohibición de todo explosivo nuclear incluida en el artículo I, formuló una declaración interpretativa²⁶ en la que dejó constancia de que entiende:

Que, en virtud de lo que se estipula en el artículo VII del Tratado, ninguna de las disposiciones del mismo deberá interpretarse en el sentido de afectar en manera alguna los derechos y obligaciones de México en su carácter de Estado parte en el Tratado para la Proscripción de las Armas Nucleares en la América Latina (Tratado de Tlatelolco), abierto a firma el 14 de febrero de 1967 y sobre el cual la Asamblea General de las Naciones Unidas adoptó la resolución 2286 (XXII) de 5 de diciembre de 1967; y

Que actualmente todo explosivo nuclear es susceptible de usarse como arma nuclear y que no hay ningún indicio de que en un futuro próximo se puedan fabricar explosivos nucleares que no sean potencialmente armas nucleares. Sin embargo, si los adelantos tec-

²⁶ Secretaría de Relaciones Exteriores, *Memoria, 1º de septiembre de 1968-31 de agosto de 1969*, México, 1969, p. 287.

nológicos llegaran a modificar esa situación, habría que enmendar las disposiciones pertinentes del Tratado, de acuerdo con el procedimiento que el mismo establece.

4. CONCLUSIONES

Aun cuando la amplitud y alcance de las disposiciones del Pacto de la Sociedad de las Naciones relativas al desarme son considerablemente mayores que las que sobre la misma materia figuran en la Carta de las Naciones Unidas, en la práctica la Organización de San Francisco ha logrado ir más lejos que su predecesora de Ginebra.

La ambiciosa meta del desarme general y completo unánimemente aprobada desde 1961 por las Naciones Unidas no llegó nunca a figurar entre los objetivos de la Sociedad de las Naciones, y en cuanto a tratados multilaterales relativos al desarme, los cinco que ha sido posible concertar de 1945 a 1970 se comparan ventajosamente, en conjunto, con el único que llegó a cobrar vigencia entre la primera y la segunda Guerra Mundial, sin que ello implique desconocer la significación de este último que se ha visto reforzada por la resolución 2603 A (XXIV) que la Asamblea General adoptó el 16 de diciembre de 1969.

La obra realizada por la organización mundial se debe principalmente a los perseverantes e infatigables esfuerzos de la Asamblea General, a los que, a partir de la primavera de 1962, se ha agregado la valiosa ayuda de la que originalmente llevó el título oficial de Conferencia del Comité de Desarme compuesto de dieciocho naciones y que hoy, habiendo aumentado su membresía a 26, ha disminuido inversamente la longitud de su título y se llama Conferencia del Comité de Desarme.

La situación anterior está lejos de significar que las realizaciones de las Naciones Unidas en el campo del desarme hayan estado a la altura de lo que la humanidad esperaba de la Organización creada, entre otros fines, con el de "promover el establecimiento y mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales con la menor desviación posible de los recursos humanos y económicos del mundo hacia los armamentos".

La modestia de esas realizaciones resalta a primera vista, lo mismo si se las compara con las condiciones existentes en lo que atañe al monto estratosférico de las sumas derrochadas en armamentos que se estima ascienden actualmente a 200 mil millones de dólares por año, lo que ha sido calificado por U Thant de "esquizofrenia armamentista", que si se piensa en el incalculable poder destructor de las armas nucleares ya acumuladas en los arsenales de las llamadas superpotencias que ha hecho decir con razón a un reputado historiador que "la amenaza a la supervivencia de la humanidad es mucho mayor desde 1945 de lo que fue durante el primer millón de años de la historia".

La notoria insuficiencia de lo poco que ha podido lograrse destaca aún más cuando se reflexiona en que las escasas medidas de desarme a las que hasta la fecha haya sido posible dar vigencia gracias a la intervención directa o indirecta de las Naciones Unidas, caen todas dentro

de la más elemental de las cuatro categorías —prevención, limitación, reducción, eliminación— que se acostumbra englobar dentro del término desarme.

Si esas medidas han sido todas de las que se designa como de no armamento, ello se debe a la renuencia de las potencias nucleares a aceptar cualquier cosa que signifique una disminución de su libertad de acción para proseguir sin freno alguno la carrera de armamentos, especialmente los nucleares. Así se explica también que de los cinco tratados concertados en los últimos cinco lustros, dos de ellos no se apliquen a tierras habitadas por el hombre, sino a las llanuras heladas de la Antártida y a la Luna y otros cuerpos celestes respectivamente y que un tercero, que está siendo negociado, tenga por objeto los fondos marinos y oceánicos.

Tal situación no puede, es obvio, continuar indefinidamente. El crecido número de resoluciones —doce— aprobadas por la Asamblea General sobre cuestiones de desarme en su último período de sesiones y el hecho de que varias de ellas lo fueron a pesar de la abierta oposición de las potencias nucleares, son indicio cierto de que la paciencia de los pueblos del mundo y la de sus representantes está a punto de agotarse.

Si las sesiones del Comité de Desarme de Ginebra no llegan en un futuro cercano a revelarse más fecundas y a traducirse en acuerdos que impliquen, para la porción de la Tierra en que moramos, limitación, reducción, y aun eliminación total de armamentos, esto último al menos en lo que se refiere a las terribles armas químicas y microbiológicas; si las prolongadas conversaciones bilaterales que, después de un aplazamiento de año y medio, se iniciaron en Helsinki a fines de 1969 y se han reanudado en Viena en abril del año en curso, no llegan a comprobar con sus resultados la “buena fe” para alcanzar “medidas eficaces relativas a la cesación de la carrera de armamentos nucleares en fecha cercana” conforme al solemne compromiso contraído en el artículo VI del Tratado de no proliferación, es muy probable que la Asamblea General decida aerear ante la opinión pública mundial estas apremiantes cuestiones trayéndolas para su consideración al foro de la Comisión de Desarme en la que se hallan representados todos los Estados miembros de las Naciones Unidas, como la propia Asamblea insinuó ya que debería hacerse en su resolución 2456 A (XXIII) de 20 de diciembre de 1968.

La presión moral de la conciencia del mundo podría en ese caso dejarse sentir, no sólo durante las seis semanas de debates que habitualmente consagra cada año a los temas de desarme la Primera Comisión de la Asamblea, sino también durante varios meses adicionales. Tal vez ello sirviera de estímulo para desterrar la relativa inercia a que la actitud de las superpotencias ha venido conduciendo al Comité de Desarme. Este último debiera en especial tomar muy en serio —sin que ello implicase descuidar las demás tareas que tiene asignadas— la elaboración del programa comprensivo de desarme que le encargó la Asamblea en su resolución 2602 E (XXIV) de 16 de diciembre de 1969. Dicho programa, que debería permitir la consideración paralela del desarme general y completo bajo un control internacional eficaz —tema que durante

los últimos años ha sido prácticamente abandonado— y de las diversas medidas conexas o medidas colaterales de desarme, puede llegar a ser uno de los instrumentos más efectivos para dar verdadera significación al Decenio para el Desarme que ahora se inicia.

América Latina —y México muy particularmente, ya que se ha preocupado siempre de demostrar con hechos que la predicación más eficaz es la del ejemplo— se encuentra en situación privilegiada para aportar una contribución constructiva a los trabajos en pro del desarme. Como prueba concluyeme de la sinceridad de su actitud y la nobleza de sus propósitos, puede aducir el que, gracias a su iniciativa y a sus esfuerzos existe en el mundo una zona libre de armas nucleares cuya extensión y población, en constante crecimiento, ascienden ya hoy, respectivamente, a alrededor de seis millones de kilómetros cuadrados y a unos cien millones de habitantes. No en vano el Secretario General de las Naciones Unidas ha afirmado en la ceremonia inaugural de la Conferencia General del Organismo para la Proscripción de las Armas Nucleares en la América Latina:

En un mundo que demasiado a menudo parece oscuro y ominoso el Tratado de Tlatelolco brillará como un faro. Este Tratado es una demostración práctica para toda la humanidad de lo que puede lograrse cuando existen la suficiente dedicación y la necesaria voluntad política.